

inconsciencia de bestia orgullosa, ignorante de su obra, ¡buena muchacha siempre!

Continuaba gorda y rolliza, con bella salud y buen humor.

Ya no daba importancia á esto, y su hotel le parecía estúpido, demasiado pequeño, lleno de muebles que la molestaban.

Una miseria, cosa simplemente de volver á empezar.

Sonaba ya algo mucho mejor, y partió á abrazar á Satin, elegante, limpia, satisfecha, con el aire completamente nuevo, como si no hubiera sufrido nunca.

XIV

Nana desapareció bruscamente: era una nueva inmersión, una fuga, una escapatoria á países extravagantes.

Antes de su partida se había proporcionado la emoción de una venta, deshaciéndose de todo, hotel, muebles, alhajas, hasta de su ropa blanca y objetos de tocador.

Citábanse cifras: en cinco días la subasta produjo más de seiscientos mil francos.

Todavía, por última vez, París la vió en una comedia de magia: *Melusina*, en el teatro de la Gaité, el cual Bordenave, sin un cuarto, acababa de tomar en un arranque de audacia; Nana se encontró allí con Prullière y Fontan, y su papel estaba reducido á una simple exhibición, á tres posturas plásticas de hada poderosa y muda.

Después de este gran éxito, cuando Bordenave, arrebatado por la fiebre del reclamo, iluminaba á París con colosales anuncios, se supo á lo mejor que debía haber partido la víspera para el Cairo; una simple discusión con su director, una palabra que no le agradó, el capricho de una mujer bastante rica para no tolerar imposiciones.

Pasaron los meses y se la iba olvidando. Cuando se pronunciaba su nombre corrían las más extrañas historias, dando cada cual noticias opuestas y sorprendentes. Había hecho la conquista del Virey, y reinaba en el fondo de un palacio, sobre doscientos esclavos, á quienes cortaba la cabeza para reír un poco, ó bien se había arruinado con un gran negro, una asquerosa pasión, que la dejaba sin camisa en aquella desenfre-

nada crápula del Cairo. Quince días más tarde, causando admiración, alguien juraba haberla encontrado en Rusia. Íbase formando una leyenda: era la querida de un príncipe, y se hablaba de sus diamantes. Todas las mujeres los conocieron al poco tiempo por las descripciones que corrían, sin que nadie pudiese citar un origen exacto: sortijas, pendientes, brazaletes, un collar de diamantes de dos dedos de ancho, una diadema de reina coronada, de un brillante central, gordo como una nuez....

Una noche de Julio, hacia las ocho, Lucy, que bajaba en coche por la calle del Faubourg-Saint-Honoré, divisó á Carolina Heguet, á tiempo que ésta se dirigía á una tienda de la vecindad. La llamó, é inmediatamente:

—¿Has comido, estás libre?.... ¡Oh! entonces, vénte conmigo, querida.... Nana está de vuelta.

La otra subió al instante. Lucy continuaba:

—¿Y no sabes? Acaso se esté muriendo mientras nosotras charlamos aquí.

—¡Muriendo! ¡vaya una idea!—gritó Carolina estupefacta.

—¿En dónde está pues, y qué tiene?

—En el Gran Hotel.... la viruela negra.... ¡Oh! es una historia.

Lucy había dicho á su cochero que marchara á buen paso. Entonces, al trote rápido de los caballos, á lo largo de la calle Royale y de los boulevares, contó la aventura de Nana, con palabras entrecortadas, sin tomar aliento.

—No puedes imaginarte.... Nana llega de Rusia, yo no sé por qué; alguna trapisonda con su príncipe.... Deja sus equipajes en la Estación, baja en casa de su tía.... ya recuerdas, aquella vieja.... ¡Bueno! cae sobre su bebé, que tenía la viruela; el bebé muere al día siguiente, y ella se agarra con la tía, á propósito del dinero que debía enviarle, y de que la otra no vió nunca un cuarto.... Parece que el niño murió de esto; en fin, un niño abandonado, mal cuidado.... ¡Muy bien! Nana sale, se dirige á un hotel, despues encuentra á Mignon, precisamente cuando pensaba en sus equipajes.... La pobre no se siente bien, tiene calofríos, ganas de vomitar, y Mignon la acompaña á su casa, prometiendo velar sobre sus negocios....

¿Eh? es gracioso y está bien urdido. Pero aquí entra lo mejor. Rosa tiene noticia de la enfermedad de Nana; se indigna al saber que está sola en un cuarto alquilado, y corre á cuidarla llorando.... ¡Tú recuerdas cómo se detestaban; dos verdaderas furias! Y bien, querida, Rosa ha hecho trasportar á Nana al Gran Hotel, para que muriese al ménos en un sitio decente, y ha pasado ya allí tres días y tres noches al lado de la moribunda.... Labordette es quien me ha contado todo esto. Entonces, yo he querido ver....

—Sí, sí—interrumpió Carolina muy excitada—vamos á subir.

Habían llegado. Sobre el boulevard el cochero tuvo que contener sus caballos en medio de una multitud de coches y de transeúntes. El Cuerpo Legislativo acababa de votar la guerra; de todas las calles afluía la gente en oleadas, que se extendían por el boulevard, obstruyendo el paso.

Hacia la Magdalena, el sol poniente se ocultaba tras de sangrienta nube, iluminando las altas ventanas con reflejos de un incendio. El crepúsculo caía lentamente; un crepúsculo pesado y melancólico, que extendía sus sombras á lo lejos, en la profundidad de las calles, áun no surcadas por los resplandores del gas. Y entre este pueblo agitado se levantaba un sordo rumor; brillaban las miradas en los pálidos rostros, mientras que un gran aliento de angustia y á la vez de estupor embargaba á la muchedumbre.

—Aquí está Mignon—dijo Lucy.—Este nos dará noticias.

Mignon estaba de pié bajo el vasto pórtico del Gran Hotel.

A las primeras preguntas de Lucy se encolerizó, gritando:

—¿Yo qué sé? Hace dos días que no puedo sacar de ahí á Rosa.... ¡Vaya una estupidez, arriesgar la piel de ese modo! Y estaría bonito que saliera con unos cuantos agujeros en la cara.... Seguramente, esto nos venía bien.

La idea de que Rosa pudiera perder su belleza le exasperaba.

Pero en aquel momento llegó Faucherie, inquieto, atravesando el boulevard y pidiendo también noticias.

—Siempre tan obstinada, querido—declaró Mignon.—Debias subir tú y obligarla á seguirte.

—Vamos—dijo el periodista.—¿Por qué no subes tú mismo?

Entonces, como Lucy preguntase el número, la suplicaron ambos que hiciese bajar á Rosa.

Sin embargo, Lucy y Carolina no subieron inmediatamente. Habían divisado á Fontan con las manos en los bolsillos, matando el tiempo y muy divertido con las botaratas de la multitud. Cuando supo que Nana estaba arriba enferma, dijo, aparentando sentimiento:

— ¡La pobre niña!.... Voy á apretarle la mano.... ¿Y qué es lo que tiene?

— Viruela....—respondió Mignon.

El actor había ya dado un paso hácia el patio; pero al oír esto se volvió, murmurando simplemente con recelo:

— ¡Ah, diablo!

No era cosa agradable las viruelas. Fontan hubiera querido tenerlas á los cinco años. Mignon contaba la historia de una de sus sobrinas que se había muerto. En cuanto á Faucherie, él sí que podía hablar, que aún tenía las señales, tres agujeros en el nacimiento de la nariz; y como Mignon le instase de nuevo, bajo pretexto de que jamás se tenía dos veces la viruela, combatió violentamente esta teoría, citando casos y tratando á los médicos de brutos. Pero Lucy y Carolina les interrumpieron, sorprendidas de la creciente agitación.

— ¡Mirad pues! ¡Mirad! ¡Cuánta gente!

La noche avanzaba; los faroles del gas á lo lejos se iban encendiendo uno á uno. Entre tanto, se distinguía en las ventanas multitud de curiosos, mientras que, bajo los árboles, aquella ola humana se hinchaba de minuto en minuto, en un remolino creciente, enorme, desde la Magdalena á la Bastilla. Los coches rodaban con lentitud. De esta masa compacta, muda aún, se desprendía como un rugido, porque todos se abrasaban en una misma fiebre. Pero un gran movimiento hizo refluir la muchedumbre: en medio del desorden, entre los grupos que se desviaban á su paso, apareció un grupo de hombres, de gorra y blusa blanca, lanzando este grito, como sujeto á un compás de martillos batiendo el yunque:

— ¡A Berlín, á Berlín, á Berlín!

Y la multitud miraba con una desconfianza sombría, evocando imágenes heroicas como al paso de una música militar.

— Sí, sí.... ¡Id á haceros romper la cabeza!—murmuró Mignon en un acceso de filosofía.

Pero Fontan encontraba esto magnífico. Hablaba de alistarse. Cuando el enemigo amenazaba las fronteras, todos los ciudadanos debían levantarse para defender la patria.

— Vamos, ¿subís con nosotros?—le preguntó Lucy.

— ¡Ah! no—dijo—una enfermedad se atrapa fácilmente.

Ante el Gran Hotel, sobre un banco, un hombre ocultaba su rostro en un pañuelo. Faucherie, al llegar, lo había mostrado á Mignon con una guiñada expresiva. Aquel hombre estaba siempre allí; sí, ¡estaba siempre allí! Y el periodista detuvo aún á las dos mujeres para señalárselo. Como había levantado la cabeza, le reconocieron y dejaron escapar una exclamación. Era el Conde Muffat, que dirigía su mirada á una de las ventanas.

— Está ahí desde esta mañana—contó Mignon.— Yo le he visto á las seis; no se ha meneado.... Desde las primeras palabras de Labordette ha venido aquí con su pañuelo sobre el rostro.... Cada media hora se arrastra hasta la puerta para preguntar si la persona de arriba está mejor, y vuelve á sentarse....

El Conde, con los ojos levantados, no parecía tener conciencia de lo que pasaba al rededor suyo. Ignoraba sin duda la declaración de guerra, y no sentía ni oía á la muchedumbre.

— ¡Miradle!—dijo Faucherie.—Aquí viene; vais á verle.

En efecto, el Conde había dejado el banco y entraba bajo la alta puerta. Pero el portero, que le había conocido, no le dejó tiempo á formular su pregunta. Y con tono brusco dijo:

— Caballero, en este momento acaba de morir.

¡Nana muerta! Esta fué una sorpresa para todo el mundo. Muffat, sin decir palabra, había vuelto á su banco, con su pañuelo en la cara. Los demás lanzaban exclamaciones. Pero cortó su palabra un nuevo grupo que pasaba aullando:

— ¡A Berlín, á Berlín, á Berlín!

— ¡Nana muerta! ¡Una muchacha tan hermosa! Mignon suspiró como libre de un peso; por fin, Rosa iba á bajar. Tuvo una especie de frío. Fontan, que se imaginó un papel trágico

co, había tomado una expresión de dolor, contrayendo los extremos de la boca y desencajando los ojos, mientras que Faucherie, realmente conmovido, en medio de su frivolidad de pequeño periodista, mascaba el cigarro nerviosamente. Las dos mujeres continuaban lamentándose. La última vez que Lucy la había visto fué en la Gaité; igualmente Blanca, en *Melusina*. ¡Oh! sí, ¡deslumbradora cuando aparecía en el fondo de la gruta de cristal! Estas señoras la recordaban muy bien. Fontan hacía de príncipe Cocorico. Y despertando recuerdos, se dieron detalles interminables. ¿Eh? ¡En la gruta de cristal, qué elegancia en toda su figura! Cierto que no decía una palabra, y aún los autores tuvieron que suprimir una réplica por no molestarla; pero ella no necesitaba de esto, se bastaba por sí sola, y nada más que con enseñarse se apoderaba del público. ¡Un cuerpo como no se volvería á encontrar otro; unos hombros, unas piernas y un talle! ¡Era una desgracia que hubiese muerto! Se recordaba que por encima de sus gasas tenía simplemente un cinto de oro que la tapaba apenas..... En derredor, la gruta, toda de cristal, se veía bañada de fina claridad; las cascadas de diamantes caían á borbotones; de entre las estalactitas de la bóveda brotaban collares de blancas perlas; y en esta transparencia, en este rico manantial, surcado por un rayo de luz eléctrica, Nana parecía un sol con su cútis de rosa y sus cabellos de fuego. París la veía siempre de este modo, iluminada en medio del cristal, en el aire, lo mismo que un buen Dios. ¡No, era una tontería dejarse morir en semejante posición! ¡Ahora debía estar bonita allí en lo alto!

— ¡Y cuántos placeres destruidos! — dijo Mignon.

Luégo tanteó á Lucy y Carolina para saber si subían, á pesar de todo. A buen seguro, ellas subirían; su curiosidad se había agrandado. Precisamente Blanca llegaba en aquel momento, sofocada, exasperada contra la muchedumbre que obstruía las calles; y cuando supo la noticia volvieron á comenzar las exclamaciones, dirigiéndose estas damas hácia la escalera, con un gran ruido de enaguas. Mignon las seguía gritando:

— Decid á Rosa que la espero..... En el acto, ¿estamos?

La muchedumbre aumentaba siempre. En el torrente de luz de las tiendas, bajo las movibles sábanas que proyectaba el gas, se distinguía la doble corriente de los boulevares que arrastraba los sombreros. En aquella hora la fiebre se trasmitía ya de un transeunte á otro; la gente se lanzaba detras de los grupos de blusa; un eterno flujo y reflujo barria la ancha calle, y estallaba el grito otra vez, saliendo de todos los pechos irregular, obstinado:

— ¡A Berlin, á Berlin, á Berlin!

En lo alto, en el cuarto piso, la habitacion costaba doce francos diarios, habiendo querido Rosa algo decente; sin lujo, sin embargo, porque no se necesita lujo para sufrir. Colgada de cretona Luis XIII con grandes flores, la alcoba tenía el mobiliario de nogal que tienen todos los hoteles, con una alfombra roja sembrada de un follaje negro. Un triste silencio reinaba allí, entrecortado por un cuchicheo, cuando se oyeron voces en el corredor.

— Te aseguro que nos hemos extraviado. El mozo ha dicho que volviésemos á la derecha..... ¡Está es un cuartel!

— Espera; es preciso ver..... Cuarto 401, cuarto 401.....

— ¡Eh! por aquí..... 405, 403..... Debemos estar cerca..... ¡Ah! ¡Por fin, 401! ¡Llegad despacio, despacio!

Las voces se callaron. Se tosió, y hubo un instante de recogimiento. Despues, abierta la puerta con lentitud, Lucy entró, seguida de Carolina y de Blanca. Pero se detuvieron; había ya cinco mujeres en la alcoba. Gaga estaba extendida en el fondo del único sillón, un *Voltaire* de terciopelo rojo. Delante de la chimenea, Simona y Clarisa, de pié, conversaban con Lea de Horn, sentada en una silla, mientras que junto al lecho, á la derecha de la puerta, Rosa Mignon, colocada al extremo de un cofre de madera, miraba fijamente el cuerpo perdido entre la sombra de las cortinas. Todas tenían sus sombreros y sus guantes como señoras en visita, y sola, con las manos desnudas, despeinada, pálida por la fatiga de tres noches de vela, permanecía estúpida y henchida de tristeza, enfrente de esta muerte tan brusca. En el ángulo de la cómoda, una lámpara, cubierta con pantalla, iluminaba á Gaga con un golpe de viva luz.

—¿Eh? ¡Qué desgracia! — murmuró Lucy estrechando la mano de Rosa. — Veníamos á decirle adios.

Y alargaba la cabeza tratando de verla: pero la lámpara estaba demasiado lejos y no se atrevió á aproximarla. Sobre el lecho estaba extendida una masa gris, de la que se distinguía tan solo el rojo inundado por una mancha pálida, que debía ser la cara.... Lucy añadió:

— Yo no la había visto desde la Gaité, en el fondo de la gruta....

En aquel momento Rosa, saliendo de su estupor, encontró una sonrisa diciendo:

— ¡Ah! está cambiada, muy cambiada....

Después volvió á su muda contemplación, sin un gesto, sin una palabra. Luego podían verla quizás; y las tres mujeres se unieron á las otras ante la chimenea. Simona y Clarisa discutían en voz baja sobre los diamantes de la muerta. Francamente, ¿existían estos diamantes? Nadie los había visto; debía ser una mentira. Pero Lea de Horn conocía á alguno que los conocía. ¡Oh! ¡Piedras monstruosas! ¡Además, no era esto todo: había traído también otras riquezas de Rusia, telas bordadas, chucherías preciosas, un servicio de mesa, todo de oro, hasta muebles; sí, querida, cincuenta y dos fardos, cajas enormes, que bastaban para cargar tres wagones. Esto estaba en la Estación. Y morir sin tiempo siquiera para arreglar sus negocios; aparte de que también tenía en metálico una cosa como un millón. Lucy preguntó quién heredaba. Parientes lejanos, la tía sin duda. ¡Una buena pedrada para esta vieja! Ella no sabía nada aún; la enferma se había obstinado en que no la previnieran, guardándole rencor por la muerte de su niño. Entonces todas se apiadaron de la suerte del pobre niño, acordándose de haberle visto dar los primeros pasos: un bebé lleno de malos humores, que tenía el aire tan viejo y tan triste; en fin, una de esas desdichadas criaturas que no han solicitado nacer.

— Es más dichoso bajo tierra—dijo Blanca.

— ¡Bah! ella también—añadió Carolina.— Esta vida no es muy agradable.

Negras ideas las asaltaban en la severidad de esta alcoba.

Tenían miedo, y era estúpido charlar allí tan largo espacio; pero una necesidad de ver las clavaba sobre la alfombra.

— ¿Ha sufrido mucho? — preguntó Lucy, que estaba absorta ante las figuras del péndulo: las tres Gracias, desnudas, con sonrisas de bailarinas.

Gaga pareció despertarse.

— ¡Ah! sí, bastante.... Yo estaba aquí cuando sucedió.... Os respondo de que esto no es agradable.... La acometieron unas sacudidas....

Pero no pudo continuar su explicación: un grito se elevaba:

— ¡A Berlin, á Berlin!

Y Lucy, que no podía respirar, abrió de par en par la ventana y apoyó los codos en ella. Allí no se estaba mal: una grata fresca caía del estrellado cielo. Enfrente brillaban las ventanas: los reflejos del gas corrían de aquí para allá sobre las letras de oro de las muestras. Después, por debajo, aquello era muy divertido: se veían las corrientes de la muchedumbre rodar como un torrente por calles y plazas, en medio de una confusión de coches, entre las grandes sombras movibles cruzadas por los resplandores de las linternas y los reverberos del gas. Pero el grupo que llegaba vociferando alumbraba su marcha con antorchas: un fulgor rojo venía de la Magdalena; atravesaba la turba con un reguero de fuego, y se ostentaba á lo lejos, sobre las cabezas, como una inmensa sábana de sangre. Lucy llamó á Blanca y á Carolina, gritando:

— Venid, venid.... Se ven cosas muy buenas desde esta ventana.

Las tres se inclinaron interesadísimas. Los árboles estorbaban mucho, desapareciendo las antorchas con frecuencia bajo las hojas. Trataron de ver á los señores que habían quedado abajo; pero la saliente de un balcon ocultaba la puerta, y sólo distinguieron al Conde Muffat, tendido sobre el banco, como un fardo sombrío, siempre con su pañuelo en la cara. Un coche se detuvo, y Lucy reconoció á María Blond: otra que acudía. No llegaba sola: un hombre gordo bajaba detrás de ella.

— Es ese ladrón de Steiner—dijo Carolina.— ¡Cómo! ¡To-

davía no le han enviado á Colonia!..... Quiero ver su cara cuando éntre.

Todas se volvieron. Pero al cabo de diez minutos, cuando María Blond apareció, despues de haber equivocado dos veces la escalera, estaba sola. Y como Lucy, sorprendida, la interrogase:

—¡Él! ¡Y creiais que iba á subir!..... Bastante hizo acompañándome hasta la puerta..... Son cerca de una docena los que están fumando cigarros.

En efecto, todos aquellos señores se habian reunido. Llegados allí para matar el tiempo, viendo lo que pasaba en los boulevares, se llamaban unos á otros, lamentando la muerte de esta pobre niña; despues hablaban de política y de estrategia. Bordenave, Dagnenet, Labordette, Prullière, algunos más aún, habian engrosado el grupo.

Entre tanto, María Blond, enternecida tambien ante el lecho, murmuraba como las otras:

—¡Pobre niña!..... La última vez que la he visto fué en la Gaité, en la gruta.....

—¡Ah! está cambiada, muy cambiada—repitió Rosa Mignon con su sonrisa de postracion melancólica.

Dos mujeres llegaron aún: Tatan Nené y Luisa Violaine. Éstas recorrían el Gran Hotel hacía veinte minutos, conducidas de mozo en mozo; habian subido y bajado más de treinta pisos, en medio de una baraunda de viajeros, que se apresuraban á dejar á París, en el pánico de la guerra.....

—Veamos, es preciso marchar—dijo Clarisa.—Nosotras no hemos de resucitarla..... ¿Vienes, Simona?

Todas miraban el lecho á hurtadillas, sin moverse.

La multitud se aturdió á sí propia; los gritos estallaban en la embriaguez de su fiebre, lanzándose á lo desconocido allá abajo, detras del negro muro del horizonte.

—¡A Berlin, á Berlin, á Berlin!

Lucy se volvió arrimada á la ventana y muy pálida.

—¡Dios mio! ¿qué va á ser de nosotros?

Las damas menearon la cabeza. Estaban graves, muy preocupadas de los acontecimientos.

—Yo—dijo Carolina Heguet con su aire pausado—salgo

pasado mañana para Lóndres..... Mamá se marchó ya á preparar un hotel..... Yo no quiero dejar que me degüellen en París.

Su madre, como mujer prudente, le habia hecho colocar toda su fortuna en el extranjero. No se sabe nunca cómo puede concluir una guerra. Pero María Blond se incomodó; ella era patriota y hablaba de seguir al ejército.

—¡Sí, estoy dispuesta!..... Yo me vestiré de hombre y andaré á tiros con esos indecentes de prusianos..... Hay que abofetearlos á todos..... ¡Y despues les arrancarémos la piel!

Blanca de Sivry se exasperó mucho.

—¡No hables mal de los prusianos!..... Son hombres parecidos á los demas, sólo que no se cuelgan de las mujeres como los franceses..... Acaban de expulsar al prusiano que estaba conmigo, un muchacho muy rico, muy dulce, incapaz de hacer daño á nadie. Esto es una indignidad, esto es mi ruina.....

Mientras disputaban las dos, Gaga murmuró con voz dolorida:

—Está visto que yo no tengo suerte..... Hace ocho dias que acabé de pagar mi casita de Jubisy, ¡oh! ¡Dios sabe con cuánto trabajo! Lili ha tenido que ayudarme..... Y hé aquí declarada la guerra, los prusianos van á venir, lo quemarán todo..... ¿Cómo se quiere que yo vuelva á comenzar á mi edad?

—¡Bah!—dijo Clarisa—¡yo me burlo de eso! Pienso encontrar siempre.

—De seguro—añadió Simona.—Esto va á ser gracioso..... ¿Quién sabe si, al contrario, se marchará mejor?

Y con una sonrisa completó su pensamiento. Tatan Nené y Luisa Violaine eran de esta opinion; la primera contó que habia tenido bromas divertidísimas con militares, ¡oh! muy buenas muchachos, y que hubieran cometido las mil y una barbaridades por las mujeres. Pero como estas damas elevaban demasiado la voz, Rosa Mignon, siempre sobre su cofre delante del lecho, las hizo callar con un ¡chist! emitido suavemente.

Todas quedaron sobrecogidas, dirigiendo una mirada oblicua hácia la muerta, como si esta súplica hubiera salido de la sombra misma de las cortinas; y en el triste silencio que siguió, ese silencio de la nada, en que se sentía la rigidez del

cadáver extendido cerca de ellas, los gritos de la muchedumbre estallaron de nuevo:

—¡A Berlin, á Berlin, á Berlin!

Pero las señoras volvieron á olvidarse del sitio en que estaban. Lea de Horn, que tenía un salon político, en que antiguos ministros de Luis Felipe se entregaban á finos epigramas, repuso muy bajo, encogiéndose de hombros:

—¡Qué error tan grande esta guerra! ¡qué sangrienta tontería!

Entónces Lucy tomó inmediatamente la defensa del Imperio. Había estado enredada con un príncipe de la casa imperial, y era para ella como un asunto de familia.

—Callad, por Dios, querida; no podemos dejarnos insultar más: esta guerra es el honor de la Francia..... ¡Oh! ya sabeis, no digo esto á causa del Príncipe. ¡Su alteza era una rata! Figuraos que por la noche al acostarse guardaba su dinero en las botas, y cuando jugábamos al monte, apuntaba con habichuelas desde que un día le cogí su postura en broma..... Pero esto no impide ser justo. El Emperador ha tenido razon.

Lea movía la cabeza con aire de superioridad, como mujer que repite la opinion de personajes importantes. Y alzando la voz:

—Este es el fin. Están locos en las Tullerías. La Francia hubiera debido expulsarlos ántes que.....

Todas la interrumpieron violentamente. ¿Qué es lo que tenía con el Emperador esta furiosa?.... ¿Acaso el mundo no era feliz? ¿Acaso no marchaban bien los negocios? París jamas se había divertido tanto.

Gaga, indignada, se encolerizó.

—¡Callaos! ¡esto es estúpido; no sabeis lo que os decis!.... Yo, yo he visto á Luis Felipe: una época de avaros y de miserables, querida. Y despues ha venido el 48. ¡Ah! ¡cosa muy bonita aquella insoportable república! ¡Despues de Febrero yo he pasado hambre, yo, que os hablo!.... Pero si hubierais conocido todo esto, os pondriais de rodillas ante el Emperador, que ha sido nuestro padre, sí, nuestro padre.....

Se tuvo que calmarla. Gaga añadió en un arrebató religioso:

—¡Oh Dios mio, dad la victoria al Emperador! ¡Conservadnos el Imperio!

Todas repitieron este voto. Blanca confesó que encendía cirios por el Emperador. Carolina, dominada por un capricho, se había cruzado por espacio de dos meses en su camino, sin poder atraer su atencion. Y las demas estallaban en palabras furibundas contra los republicanos, hablaban de exterminarlos en la frontera, á fin de que Napoleón III, despues de haber batido al enemigo, reinase tranquilamente en medio del júbilo universal.

—¡Ese sucio de Bismarck, hé ahí un buen canalla!—hizo notar María Blond.

—¡Y decir que yo le he conocido!—gritó Simona.—Si hubiese podido prever esto, de fijo que le echaba alguna droga en el vaso.

Pero Blanca, teniendo siempre sobre el alma la expulsion de su prusiano, se atrevió á defender á Bismarck. Acaso no era un malvado. Cada cual tiene su oficio. Y añadió:

—Ya sabeis que adora á las mujeres.

—¡Qué nos importa eso!—dijo Clarisa.—Nosotras no queremos nada con él.

Y la discusion continuó. Se desollaba á Bismarck: cada una le alargaba un puntapié en su celo bonapartista, mientras que Tatan Nené repetía con aire humillado:

—¡Bismarck! ¡Bien se me ha hecho rabiarse con éste!....

—¡Oh! ¡Yo nada le debo!.... Ni siquiera conozco á ese Bismarck! No es posible conocer á todo el mundo.

—No importa—dijo Lea de Horn para concluir;—ese Bismarck nos va á jugar una buena tostada.....

—¡Chist!—repitió Rosa Mignon, lastimada de tal barullo.

El frio del cadáver se volvió á apoderar de ellas: todas se detuvieron á la vez cohibidas, viéndose enfrente de la muerte, con el miedo cervical del contagio. Sobre el boulevard pasaba otra vez el grito penetrante, ronco:

—¡A Berlin! á Berlin, á Berlin!

Entónces, cuando se decidían á partir, una voz llamó desde el corredor:

—¡Rosa, Rosa!

Sorprendida, Gaga abrió la puerta, desapareciendo un instante. Despues, cuando volvió:

—Querida, es Faucherie, que está ahí abajo en el fondo..... No quiere venir más acá: está fuera de sí al ver que seguís junto al cadáver.

Mignon había concluido por obligar al periodista á subir. Lucy, siempre á la ventana, se inclinó y divisó á aquellos señores en la calle mirando hácia arriba, haciéndole señas y gestos. Mignon, exasperado, extendía los puños. Steiner, Fontan, Bordenave y los demas abrian los brazos con aire de inquietud y reproche, mientras que Dagnenet, por no comprometerse, fumaba tranquilamente su cigarro con las manos á la espalda.

—Es verdad, querida—dijo Lucy, dejando la ventana abierta,—había prometido haceros bajar..... Todos nos están llamando.

Rosa abandonó penosamente el cofre, mientras murmuraba:

—Sí, bajemos, bajemos..... Ya no tiene necesidad de mí..... Una hermana ménos.....

Y daba vueltas, sin poder encontrar su sombrero y su chal.

—Yo no sé; esto para mí es un golpe fatal..... En vida, apenas fuimos amables la una con la otra. ¡Y bien! ya veis, soy una imbécil..... ¡Oh! toda especie de ideas, un deseo de morir yo misma, el fin del mundo..... Sí, tengo necesidad de aire.

El cadáver comenzaba á corromper la alcoba.....

—Vámonos, vámonos, mis gatitas—repetía Gaga.—Esto no es saludable.

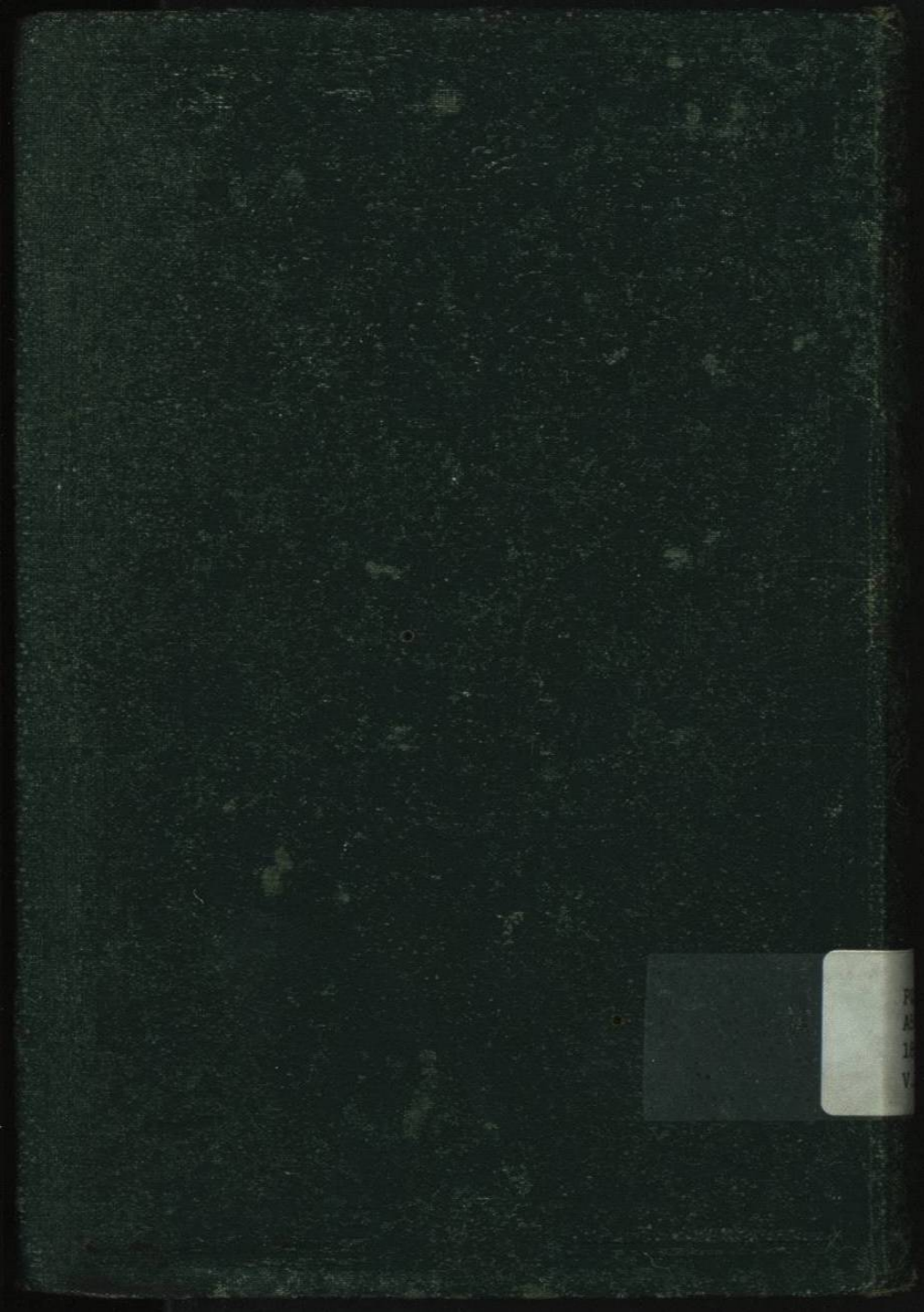
Salieron vivamente, lanzando una mirada sobre el lecho. Pero como Lucy, Blanca y Carolina permanecían aún allí, Rosa echó una última ojeada para dejar la habitación convenientemente. Tendió una cortina ante la ventana; despues pensó que la lámpara debía ser sustituida por un cirio, y habiendo encendido uno de los candelabros de cobre de la chimenea, le puso sobre la mesa de noche al lado del cadáver. Una luz viva iluminó bruscamente el rostro de la muerta. ¡Fué un horror! ¡Todas temblaron y huyeron!.....

—¡Ah! está cambiada, muy cambiada—decía Rosa Mignon, que salió la última.

Al marchar cerró la puerta. Nana quedaba sola, la cara destapada y á la claridad de la bujía. Era un osario, un montón de sangre y de humores, una paletada de carne corrompida y arrojada allí sobre un colchon. Las pústulas habían invadido toda la cara; los tumores se tocaban y se confundían, y hundidos y pálidos, con ese aspecto pardusco del lodo, parecían ya un enmohecimiento de la tierra sobre la informe masa de su cara, en que era imposible distinguir las facciones. Un ojo, el izquierdo, había desaparecido en aquel purulento hervor; el otro, medio abierto, se hundía como un agujero negro y corrompido. La nariz supuraba aún. Una costra rojiza partía de la mejilla é invadía la boca, que se destacaba con una sonrisa abominable. Y sobre esta máscara horrible y grotesca de la nada, los cabellos; los hermosos cabellos, conservando sus reflejos de sol, corrían como un arroyo de oro. Vénus se descomponía. Parecía que el virus recogido por ella en medio de la calle, sobre la podredumbre de los caminos, ese fermento con que había emponzoñado á un pueblo, acababa de subir á su rostro y la había corrompido también.....

La alcoba estaba vacía. Una gran bocanada de desesperación subió del boulevard é hinchó la cortina:

—¡A Berlin, á Berlin, á Berlin!



F
A
1
V